

## CAPITULO VIII.

HORROROSOS PADECIMIENTOS DE LOS SITIADOS.—ESPI-  
RITU DE CUAUHEMOTZIN.—MORTIFEROS ATA-  
QUES.—APREHENSION DE CUAUHEMOTZIN.  
—EVACUACION DE LA CIUDAD.—TER-  
MINACION DEL SITIO.—REFLE-  
XIONES.

[1521.]

No habia necesidad de apelar á recursos artificia-  
les para conseguir la destruccion de los aztecas;  
porque ésta todos los dias se aceleraba á virtud de  
causas mas eficaces que las que podian provenir de  
la intervencion de los hombres.

Hombres y mugeres, nobles y plebeyos, ancianos  
y niños, todos estaban confundidos en las casas y las  
mas veces en los establos de aquel barrio, que no  
era el mejor de la ciudad: otros habitaban en canoas  
descubiertas ó en las calles, espuestos al calor de

dia y al frio de la noche.<sup>1</sup> Un antiguo cronista re-  
fiere que tres mugeres de calidad permanecieron  
tres dias con el agua hasta el cuello, y sin mas ali-  
mento que un puñado de maiz. Los víveres ha-  
bian agotádose hacia mucho tiempo; con lo que las  
gentes buscaban con ansia alguna cosa por asque-  
rosa que fuese, con que mitigar el hambre que las  
devoraba. Algunos acechaban los insectos y gusa-  
nos de la superficie de la laguna, ó recogian las yer-  
bas saladas y el musgo que nacian á sus orillas, y de  
vez en cuando echaban una mirada de envidia hácia  
los verdes collados de mas allá de las aguas, á los  
que habian dejado por venir á participar de la suer-  
te de sus hermanos de la capital.

Los españoles hacen á los sitiados la honra de de-  
cir que á pesar de su angustiada situacion, no vio-  
laron las leyes de la naturaleza comiéndose los unos  
á los otros;<sup>2</sup> pero desgraciadamente esto lo contra-  
dicen los historiadores indios; quienes afirman que  
las madres devoraban en su agonía, á unos hijos  
que no tenian medios de alimentar. Este hecho ha

<sup>1</sup> Estaban los tristes mexicanos, hombres y mugeres, niños y  
niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar bien estre-  
cho, y apretados los unos con los otros, y con grandísima falta  
de bastimentos y al calor del sol y al frio de la noche, y cada  
hora esperando la muerte. Sahagun, Hist. de la Nueva-España,  
MS., lib. 12, cap. 39.

<sup>2</sup> Torquemada supo la anécdota por boca de un sobrino de  
una de las indias mas viejas, y el cual era ya hombre muy viejo.  
Monarqu. Ind., lib. 4, cap. 102.

<sup>3</sup> Ibid, ubi supra. Bernal Diaz, cap. 153.

pasado en mas de un sitio, y en el presente caso es mas probable, porque la familiaridad con las crueles ceremonias de la religion, debe haber embotado en los indios la sensibilidad. <sup>1</sup>

Pero todo esto no era suficiente, y todos los dias morian centenares, miserables víctimas del hambre. Algunos iban arrastrándose á exhalar un último suspiro dentro de una casa: otros quedaban muertos en las calles públicas. Donde morian, fuera donde fuese, allí quedaba su cadáver, sin que nadie le diese sepultura, ni lo removiese. Al último la costumbre de presenciar aquel espectáculo, hizo que se le viese con indiferencia. Cada cual esperaba en muda desesperacion que se le llegase su vez: no habia ni quejas ni lamentos: no habia mas que un tormento horrible, imponderable.

Si bien en algunas calles estaban diseminados los cadáveres, en otras estaban amontonados en tanto

<sup>1</sup> "De los niños no quedó nadie, que los mismos padres y madres los comian, que era gran lástima de ver y mayormente de su:rir. (Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 39.) El historiador recogió sus noticias de boca de los mismos sitiados, poco tiempo despues de los sucesos. Recuérdanse las terribles profecías de Moisés: "La muger tierna y delicada que no sabia dar un paso ni asentar la planta del pié sobre la tierra por su demasiada sensibilidad y delicadeza, no querrá dar á su mismo amado esposo parte de las carnes del hijo y de la hija..... ni del niño que ha nacido en aquel mismo punto, porque se comerán todo esto á escondidas, por falta de toda otra cosa con que resistir á una hambre tan cruel durante el cerco y devastacion con que te apurará tu enemigo dentro de tus ciudades." Deuteronomio, cap. 28, vs. 56 y 57.

número que Bernal Diaz decia que solo se podia andar por entre cuerpos muertos. <sup>2</sup> El conquistador dice con mas energía: "un hombre no tenia donde estar sino sobre los cuerpos de los suyos." <sup>3</sup> Todos estaban confundidos, muertos y vivos: estos se acostaban á dormir y á morir tambien, al lado del cuerpo de sus amigos: todo era muerte: la ciudad se habia convertido en cementerio donde todo caminaba á su ruina y descomposicion. La putrefaccion acelerada por las lluvias y el calor, produjo miasmas pútridos que infestaron de tal modo toda la atmósfera, que todos los españoles, incluso el general, se enfermaron solo de pasar por los barrios, y de aquí se originó una peste que hizo mas estragos que la hambre misma. <sup>3</sup>

Las gentes quedaron sobrecogidas de miedo á la vista de tamaños horrores. Recurrieron á todas las ceremonias que su religion supersticiosa prescribia para el caso de peste: rogaron á los sacerdotes que invocasen en su ayuda á los dioses; pero los oráculos permanecieron mudos ó dieron solamente sinietras respuestas. Los dioses les habian abandonado,

<sup>1</sup> "No podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos" Hist. de la Conq. cap. 156.

<sup>2</sup> "No tenian donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos." Relac. Terc., pág. 289.

<sup>3</sup> Bernal Diaz, ubi supra. Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 2, cap. 8. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12., cap. 41. Gonzalo de Las-Casas, Defensa, MS.

y en su lugar solo veían los signos de la ira celestial que les prometía aun mayores daños. Después del sitio declararon muchos haber visto en el cielo una faja de luz de color de sangre que iba del Norte en dirección al Tepejac, y acompañada de un gran ruido semejante al de un huracán, cuya luz giró en torno del barrio de Tlatilolco, despidiendo chispas, y después se precipitó y desapareció en el centro del lago.<sup>1</sup> En aquel estado de perturbación mental, se apoderó de sus sentidos un miedo misterioso. Acaecían prodigios frecuentemente, porque aun los simples fenómenos de la naturaleza eran tenidos por prodigios.<sup>2</sup> Agobiados por las calamidades, su razón se extravió y fueron el juguete de las más extrañas y supersticiosas visiones.

En medio de aquellas escenas espantosas, permanecía el joven monarca de los aztecas, según confesión unánime de cuantos le vieron, impasible y valeroso. Su hermosa capital estaba ante sus ojos reducida á escombros; sus nobles y fieles vasallos perecían á su lado; sus dominios se perdían palmo á

1 "Un torbellino de fuego como sangre envuelto en brasas y centellas que partían de hácia Tepeacac (que es donde está ahora Santa María de Guadalupe) y fué haciendo gran ruido hácia donde estaban acorralados los mexicanos y tlatilolcanos; y dió una vuelta por enrededor de ellos, y no dicen si los empeció luego, sino que habiendo dado aquella vuelta se entró por la laguna adelante, y allí desapareció." Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 40.

2 El filósofo historiador romano, dice: "inclinatis ad credendum loco ominum, etiam fortuita." Tacit., Hist., lib. 2, sección

palmo, hasta llegar el caso de no tener más que el necesario para estar de pié; pero rechazó todas las propuestas de rendición, y su espíritu permaneció tan indómito como al principio del sitio. Una vez que Cortés creyendo que padecimientos tan espantosos los inclinarian á recibir bien propuestas de paz se las hizo mediante un noble prisionero; pero el ferroz monarca mandó que el embajador fuese al punto sacrificado. Recuérdese, sin embargo, que es español el que refiere la historia.<sup>3</sup>

Cortés que por varios días había suspendido las hostilidades con la esperanza de que los trabajos obligarian á los mexicanos á someterse, resolvió viendo que sus esperanzas eran vanas, dar un asalto general á la ciudad; cosa que no era difícil, atendiendo á que estaban encerrados en un reducido barrio. Dió, pues, órdenes á Alvarado de que se aprestase para el ataque, mandó á Sandoval (quien además del de su división tenía el mando de la flota anclada frente al barrio de Tlatilolco) que ayudase el ataque batiendo con la artillería las casas inmediatas. Hecho esto dirigió sus tropas á la ciudad, ó mejor dicho á las horribles ruinas que la rodeaban.

Al penetrar en los recintos indios le salieron al encuentro varios magnates consumidos y macilentos

3 "Y como le llevaron delante de Cuauhtemotzin su señor y él le comenzó á hablar sobre la paz, dizque luego le mandó matar y sacrificar." Relac. Terc. en Lorenzana, pág. 293.

que tendiendo hácia él los brazos, exclamaron: "sois los hijos del sol; pero el sol completa brevemente su carrera, ¿por qué sois vosotros tan tardíos? ¿por qué vais tan despacio en poner término á nuestras miserias? Mejor matadnos de una vez, que así iremos luego adonde está nuestro Dios Huitzilopochtli que nos espera en el cielo para recompensarnos de nuestros padecimientos." <sup>1</sup>

Cortés conmovido por esta lastimera alocucion les respondió, que no deseaba la muerte sino la sumision de los aztecas. "¿Por qué vuestro manarca," les dijo, "se rehusa á tratar conmigo, si sabe que una sola hora me basta para destruirle á él y á todo su pueblo?" Instó para que suplicasen á Cuauhtemotzin que conferenciase con él, entendido de que estaria seguro y nadie la dañaria.

Los nobles despues de resistirse un tanto, aceptaron la comision, la que oyó el monarca de una manera que si es cierto lo que cuentan, prueba que los trabajos habian domesado algo su carácter brioso. Consintió en la entrevista, la cual debia verificarse, no ese día sino el siguiente, en la plaza mayor de Tlatlilco. Cortés plenamente satisfecho de este re-

<sup>1</sup> "Que pues ellos me tenian por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad como era un día y una noche, daba vuelta á todo el mundo, que por qué así yo brevemente no los acababa de matar y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenian deseo de morir y irse al cielo para sus Ochilobus (Huitzilopochtli) que los estaba esperando para descansar." Ibid, pág. 292.

sultado salió inmediatamente de la ciudad y se volvió á la calzada.

A la mañana siguiente se encaminó al sitio señalado despues de mandar á él á Alvarado con un cuerpo de infantería, para evitar cualquiera traicion. La plataforma del centro de la plaza fué cubierta de estereras y alfombras y se dispuso un banquete para obsequiar al necesitado monarca. Despues de hechos estos preparativos, se puso Cortés á aguardar que llegase la hora de la entrevista.

Pero Cuauhtemotzin en vez de venir personalmente, envió á los mismos nobles que le habian llevado la embajada, escusándose de concurrir, á pretesto de enfermedad. No obstante que Cortés se desagradó mucho, recibió á los nobles con afabilidad y cortesía, por considerarlos un buen medio de comunicacion con el emperador. Invitóles y ellos accedieron sin mucha resistencia, á sentarse en la mesa, cuyos manjares devoraron con tal avidez que probaba cuán cruda habia sido su abstinencia.

En seguida los despidió dándoles abundante provision de víveres para que los llevasen á su señor, á quien instaba para que se prestase á una entrevista por ser el único medio de entrar en avenimiento.

Los embajadores aztecas volvieron á poco rato trayendo un regalo de finas telas de algodón de poco valor; pero Cuauhtemotzin volvió á rehusar á la

entrevista. Cortés aunque vivamente disgustado no quiso darlo é entender, y dijo á los embajadores: "El vendrá ciertamente cuando vea que os he permitido volveros ilesos, á vosotros que habeis sido cómo él mis implacables enemigos en la guerra: decidle que de mí nada tiene que temer." Fuése de allí al mismo tiempo que ellos, prometiendo volver al dia siguiente á saber la respuesta. <sup>1</sup>

A la mañana siguiente entraron los magnates aztecas en el campo cristiano y anunciaron á Cortés que al medio dia conferenciaria con él Cuauhtemotzin, en la plaza del mercado. El general asistió á la cita con toda puntualidad, pero inútilmente, pues ni el monarca ni los nobles concurren. Era claro que el azteca no confió en las promesas de sus enemigos: seguramente la sombra de Moteuczoma se presentó á su imaginacion. El general despues de esperar durante tres horas perdió la paciencia, y sabiendo que los indios se preparaban á la defensa, determinó emprender el asalto inmediatamente. <sup>2</sup>

<sup>1</sup> "Y yo les torné á repetir que no sabia la causa por qué é se recelaba venir ante mí, pues veia que si ellos que yo sabia que habian sido los causadores principales de la guerra y que la habian sustentado les hacia buen tratamiento, que los dejaba ir y venir seguramente, sin recibir enojo alguno; que les rogaba que le tornasen á hablar, y mirasen mucho en esto de su vida, pues á él le convenia y yo lo hacia por su provecho." Relac Terc. en Lorenzana, págs. 294, 295.

<sup>2</sup> Las pruebas de que Cortés procuró siempre reducir á los aztecas á que oyesen pláticas de paz, son inequívocas. Véase demás de su carta mencionada, á Herrero, Hist. General, lib.

Los confederados habian quedado fuera de murallas, porque no habia querido traerles á la vista de la caza, antes de poder soltar la liebre. Pero ahora dió orden de que se le reuniesen, y juntamente con ellos y con la division de Alvarado penetró en los cuarteles de los indios. Encontróles aparejados á la resistencia: los mas hábiles y veteranos guerreros formaban la vanguardia y protegian á sus débiles é inermes camaradas. A veces se veian mugeres confundidas entre las filas con los soldados, y en las azoteas revueltas con niños, manifestando en su rostro desfigurado por el hambre y en sus miradas torbas, el odio y el rencor que les animaba contra los invasores.

Conforme avanzaban los españoles, los mexicanos arrojaban un grito de guerra y enviaban nubes de saetas, al paso que las mugeres y niños dejaban caer de las azoteas, una lluvia de piedras y dardos. Pero las manos que arrojaban aquellos proyectiles eran demasiado débiles para que pudiesen causar gran daño, y cuando apretaban los escuadrones, era aun mas palpable la flaqueza de los aztecas. Sus golpes eran inciertos y débiles, aunque algunos, sea por la robustez de su constitucion, sea porque la

<sup>2</sup>, cap. 67. Coerquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 100. Ixtlilxochilt, Venida de los españoles, págs. 44, 48. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, caps. 29, 30.

desesperacion les hacia cobrar nuevas fuerzas, luchaban desesperadamente hasta el último suspiro.

Los arcabuceros rompieron un fuego mortífero, y los bergantines apretaban igualmente por el otro lado, por manera que los sitiados se encontraron en la situacion del ciervo perseguido de los cazadores por todas partes.

La carnicería fué horrible: el suelo estaba cubierto de muertos hasta llegar el caso de que los frenéticos combatientes tuviesen que subirse por sobre los montones de cadáveres, para poder pelear. El suelo estaba anegado en sangre, que corría como agua y que teñía de rojo hasta los canales mismos. <sup>1</sup> Todo era estrépito y horrible confusion. Los horrorosos aullidos de los indios, los juramentos y maldiciones de los cristianos, los quejidos de los heridos, los lamentos de las mujeres, los lloros de los niños, los rudos golpes de los conquistadores, el estertor de los agonizantes, el rápido y resonante fragor de los mosquetes, el silbo de las saetas, el rechinado y sorrido ruido de los incendiados techos que se desplomaban, las densas nubes y columnas de polvo y de humo que envolvían á la ciudad en tétrica oscuridad; todo este conjunto formaba una escena espantable que aterró hasta el animoso corazón de los conquis-

<sup>1</sup> "Corrian arroyos de sangre por las calles como pueden correr de agua cuando llueve y con ímpetu y fuerza." Torquemada: *Mouarq Ind.*, lib. 4 cap. 108

tadores, habituados á los duros trances de la guerra y á los horrores de la sangre y de la muerte. "Sobre todo," dice el general, "los lamentos y lloros de las mujeres y de los niños partían el corazón." <sup>1</sup>

Mandó que se les respetase y que se le diese cuartel á todo el que lo pidiese: lo encargó así muy particularmente á los aliados, y puso entre ellos castellanos que les estorbasen entregarse á actos de cruel barbarie. <sup>2</sup>

Pero habia puesto en movimiento una máquina imposible de retener: tan fácil era contener un huracan en su curso, como las pasiones de una horda furiosa de salvages. "Jamás he visto gente mas desapiadada ni hombres tan crueles como estos." <sup>3</sup> No hacían distincion de edades ni sexos, y parece que á la hora de la venganza quisieran haber á las

<sup>1</sup> "Era tanta la grito y lloro de los niños y mujeres que no habia persona á quien no quebrantase el corazón" (*Relac. Terc.*, pág. 296.) Eran una raza feroz y implacable, esclama el comentador en un caritativo comentario. *Gens durac cervicis: gens absque concilio.* Nota.

<sup>2</sup> "Como la gente de la cibdad se salía á los nuestros, habia proveido el general que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar á los amigos que no matasen á aquellos tristes que eran sin número. E tambien dijo á los amigos capitanes que no consintiesen á su gente que matasen á ninguno de los que salían." Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 30

<sup>3</sup> "La cual crueldad nunca en generacion tan recia se vió ni tan fuera de toda órden de naturaleza, como en los naturales de estas partes." *Relac. Terc. de Cortés*, en Lorenzana, pág. 296.

manos á las generaciones de todo un siglo para acabarlas. Por fin, cansados de matanza mandó tocar retirada el general; y ciertamente que ya era tiempo de hacerlo; si acaso es cierto (y ojalá fuese una exageración) que habian perecido cuarenta mil almas.<sup>1</sup> Pero con todo, su suerte era preferible á la de aquellos que les sobrevivieron.

Durante toda la noche no se percibió movimiento alguno en los cuarteles aztecas; no ardía ninguna luz: no se oía ningun sonido, excepto los ayes de los heridos ó el estertor de los agonizantes. Todo era oscuridad y silencio, la oscuridad y el silencio de la tumba.

El último golpe parece que los habia agobiado completamente. Ellos habian salido con esperanza y poseidos de esa tremenda desesperacion, del que aguarda en silencio el hacha del verdugo. Sin embargo, no por esto se mostraron dispuestos á rendirse: parece que cada nuevo daño los haria mas profundamente y concentraba el odio de muerte que tenian á sus enemigos. La fortuna, los amigos, los parientes, la patria, todo lo habian perdido, ¿qué les importaba perder la vida misma, si ésta de nada les servia

<sup>1</sup> Ibid, ubi supra. Ixtlilxochilt, dice que 50,000 fueron muertos y hechos prisioneros en esta espantosa carnicería. Véase su *epiu* españoles, pág. 48.

Muy diferente era la escena en el campo de los castellanos, que engreidos con los últimos triunfos se preparaban con alharaca y alborozo á la llegada del siguiente dia. Pusieron hogueras á lo largo de las calzadas: iluminaron las tiendas de campaña, y los sones de músicas y cantos se dilataban por las aguas pregonando el regocijo que experimentaban los castellanos al ver próximo el término de su fatigosa campaña.

A la mañana siguiente resolvió el general reunir otra vez sus tropas y comenzar el asalto nuevamente, para que los enemigos no tuviesen tiempo de rehacerse y la guerra terminase de un golpe. Habia arreglado con Alvarado la noche anterior, que este oficial ocuparia la plaza del mercado de Tlaltilolco y que una descarga de arcabucearía serviria de señal para emprender el asalto general. Sandoval debia emposesionarse de la calzada del Norte y con la flota velar sobre el monarca indio, no fuera á ser que se escapase por allí, como Cortés creyó que meditaba hacerlo. Permitir que se efectuase este plan, era dejar inmediato un formidable enemigo y esponerse á ver revivida la llama de la insurreccion en toda la tierra. Sin embargo, dió órdenes á Sandoval de no tocar á la persona del monarca y de no hostilizar al enemigo, sino en rigurosa defensa.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> "Adonde estaban retraidos el referido Cuauh temotzin co